

## LA ODISEA DEL "FUKURYU MARU"

Nicolás Yaksic Triantafilo  
Subteniente Lt. RN

Esta historia sucedió en 1954, hace justo cuarenta años. El *Fukuryu Maru* (Dragón afortunado, o Dragón de la suerte) era una vieja embarcación construida al estilo de un sampán; de noventa pies de eslora, registraba noventa y nueve toneladas y poseía un motor de doscientos cincuenta caballos de fuerza, el que en las mejores condiciones le daba un andar de 7 nudos.

Su dotación estaba compuesta por veintitrés personas. A pesar de contar con un capitán, el que verdaderamente ejercía el mando, según la tradición en los barcos pesqueros era el Gyorocho (jefe de pesca), Misaky, o Yoshio San, como afectuosamente le llamaban sus compañeros. La víspera de la partida el propietario de la nave agasajó a la dotación como era la costumbre, junto a sus familiares.

Kavichi Nishikawa, el propietario, sostuvo una reunión secreta con el jefe de pesca, de la cual excluyó al capitán y al maquinista, obviando lo acostumbrado para tomar medidas de importancia. La reunión tuvo característica de secreta, porque el armador sabía que su proposición causaría gran revuelo.

No podía ser de otra manera, ya que su plan era que la nave fuese a pescar a la zona de las islas Midway, alejándose del mar del Japón. Todos sabían el gran peligro que corrían durante el invierno en esas aguas, más aún embarcados en aquel vetusto pesquero.

Zarparon un 22 de enero de 1954, para alejarse más de dos mil millas de su puerto base. A pesar del frío viento que penetraba los huesos veían batirse blancos pañuelos en el muelle, que no eran más que un silencioso sentimiento de angustia y esperanza.

El barquichuelo dobló la punta que cerraba la bahía y salió a mar abierto cabeceando acom-

pasadamente. Después del rancho, Yamamoto el maquinista, se percató que no habían embarcado repuestos que podrían ser de vital importancia para la larga travesía que emprendían; con premura comunicó los hechos al capitán Tsutsui, quien tremendamente molesto ordenó recalar en Ogawa, puerto cercano, antes que regresar a Yaizu, lo que sería sin duda un llamado a la mala suerte.

Yaizu, pueblo japonés, tenía fundamentada toda su actividad en la pesca; esto se traducía en que su población tendría un pasar en términos de calidad de vida más o menos crítico, según fuese el resultado de la actividad extractiva, lo que redundaba no sólo en los pescadores, sino que también en los operarios de la industria conservera instalada en el lugar.

Al fondear el *Fukuryu Maru* en Ogawa, varó. Posteriormente al intentar zafarlo, la lancha que intervenía en la maniobra cortó sus cabos, por lo que hubo que esperar la alta marea para que flotase nuevamente.

Pareciera que todos estos infortunados sucesos, serían el mensaje de ciertos seres mágicos nipones que querían detener el viaje.

Varios días de fuertes temporales debieron enfrentar los tripulantes, sólo podían permanecer en sus literas en un reducido compartimiento; imaginemos cómo serían las condiciones para ellos.

Ya cerca de las islas Marshall, el tiempo mejoró; los hombres pudieron dejar su estrecho hábitaculo y salir a faenar a cubierta, pasando entre los aparejos de pesca y recipientes con hielo conteniendo cientos de kilos de samma (caballa, utilizada como carnada).

Kuboyama, el radiooperador, quien era muy apreciado por sus compañeros captaba normalmente señales de radioemisoras, las que

transmitía por altavoces a cubierta para acortar la dura jornada de los pescadores, quienes sólo dormían cuatro horas diarias como promedio; aún con ese ritmo de trabajo, los resultados habían sido malos.

Cuando se encontraban a doscientas millas de Midway, Kuboyama había hecho contacto radial con las otras cuatro embarcaciones de su armador, con quienes comentó que sólo habían capturado nueve atunes.

La mala suerte les seguía enviando señales, pero el pesquero continuó su marcha hacia el sur acercándose más a las islas Marshall y a los atolones Bikini, Rogerik y Uterik, en busca de los preciados atunes.

El 1 de marzo de 1954, el *Fukuryu Maru*, derivaba silencioso; cada uno de sus hombres abrigaba la esperanza de que la pesca mejorara; estaba aún oscuro, pero la noche se retiraba en pos del weste tras el alba que se insinuaba; fue en ese momento cuando una gran luz inusual, diferente a todos los amaneceres, rompió en el horizonte, cambiando del amarillo al rojo, al naranja, al púrpura y rosado con un extraño brillo, hasta quedar de un tono rojo apagado, como un hierro candente que se va enfriando.

La explosión había sido realizada desde una torre de 45 metros de altura y lanzó al cielo una nube nuclear a 27 kilómetros.

Un viejo marinero exclamó, "-nunca he visto nacer el sol así-"; otro le acotó "-no puede ser el sol, la llama viene del oeste-"; "-debe ser una erupción volcánica como la del Krakatoa"- agregó un joven. De pronto, se oyó la voz ronca de un viejo pescador nacido en Hiroshima, -debe ser un "Pika-don"-, (neologismo japonés a partir de la combinación de las palabras "trueno" y "llama", nacido del estallido de la primera bomba atómica el año 1945 en Hiroshima, sólo nueve años antes de este episodio).

Los hombres continuaron con su actividad normal; con posterioridad, mientras desayunaban, sintieron un fuerte sacudón proveniente de una gran ola que se repitió dos veces, tirándolos al piso.

El radiooperador y el mecánico, quienes eran los más capacitados para entender de qué se trataba, calcularon la distancia que les separaba de la explosión, la que determinaron en 85 millas aproximadamente.

Los pescadores estaban atemorizados. Su único deseo era alejarse lo más pronto de ese lugar. Nunca habían visto un fenómeno de esa naturaleza que se podría repetir y lo que podría venir después.

El Gyorocho, (jefe de pesca) no compartía la misma opinión; deseaba recoger los aparejos de pesca para no aumentar más aún la pérdida que ya significaban los malos rendimientos obtenidos.

Los hombres siguieron especulando si la explosión sería de algún avión siniestrado o la prueba de un moderno cañón, a pesar de que el cocinero comentaba que estaban cerca de Bikini, el lugar donde los norteamericanos probaban sus bombas.

Un par de horas después de la gran luminosidad, el cielo empezó a cambiar; una espesa niebla comenzó a aproximarseles. Grande fue la sorpresa cuando estuvieron envueltos en ella y pudieron constatar que no era húmeda, sino que se trataba de una llovizna seca, arenosa y brillante, que todo lo cubría en gran cantidad, llegando incluso bajo cubierta; al caminar sobre ella quedaban marcados sus pasos.

Erupción de algún volcán oceánico, o sal; aún no entendían lo que sucedía, alguno de ellos, incluso recogieron pequeños puñaditos, para guardarlos de recuerdo.

Los pescadores sintieron irritados sus ojos y labios, además la extraña arena blanca seguía cayendo y los hombres comenzaron a lavar la cubierta y también sus cuerpos, pero la ceniza estaba tan pegada, que les resultaba imposible quitarla.

El desgano empezó a cundir entre la tripulación, sintieron dolor de estómago, náuseas, indigestión y gran debilidad, pero esto no impidió que continuaran con su trabajo.

Kuboyama, el radiooperador, en vano intentaba captar alguna estación americana o japonesa que le diera alguna luz sobre los hechos acontecidos; mientras tanto, los marineros perdían apetito y no tenían deseos ni siquiera de beber té.

Amaneció el nuevo día y todos padecían de fuertes irritaciones; uno de ellos tenía los ojos tan pegados que la única forma de ver, era mantenerlos abiertos con el auxilio de los dedos; el dolor a la vista era general en todos.

Un anuncio, breve, fue hecho por Washington el día 2 de marzo de 1954:

"Lewis L. Strauss, Director de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, ha anunciado hoy que las Fuerzas Conjuntas Siete, han detonado un arma atómica, en las islas Marshall. Esta detonación ha sido la primera de una serie de pruebas".

Obviamente, Kuboyama y su débil equipo de radio, que en óptimas condiciones tenía un

alcance de hasta 3.000 millas, no había captado ningún comunicado previo, ni siquiera de parte de su armador, quien tampoco podía imaginar que su nave se encontraba en una zona peligrosa, ya que no habían recibido avisos anticipados de la prueba nuclear, a efectuarse el 1 de marzo.

La Junta Marítima de Seguridad del Japón había sido informada de pruebas primaverales y tanto el Capitán como el Jefe de Pesca del *Fukuryu Maru*, sabían que las Marshall era el lugar de pruebas de los norteamericanos, pero durante todo el tiempo la nave se había mantenido operando a lo menos veinte millas al este de las trescientas millas peligrosas en torno al atolón Eniwetok, lugar de pruebas en 1946.

Si la Comisión de Energía Atómica hubiera hecho avisos oportunamente, tal vez Kuboyama habría sido advertido, tampoco se enviaron aviones a patrullar el área, los que hubiesen podido avistar al infortunado barquichuelo.

Vientos de muy arriba llevaron la nube de muerte en dirección imprevista y más allá de lo estimado, escapando al control de los científicos; la potencia resultó 3 a 4 veces superior a lo esperado y se pesquisó polvo nuclear en una isla a 531 kms.

Los pescadores, sin embargo, no pensaron que hubiesen sido testigo de un "Pika-don", y continuaron su penoso viaje de regreso, acompañados de diversas patologías que acusaban el desgraciado incidente.

Al ejecutar maniobras con los cabos, sentían picazón en las manos; la piel de Kuboyama y de Yamamoto presentaban una coloración amarillo sucio, y daba la impresión de que hubiesen estado durante días en exposición permanente al sol; su estado general era el de personas que hubiesen tenido una insolación. Kawashima, el contramaestre, sentía una gran picazón en la cabeza y, al rascarse, grandes cantidades de cabello quedaban en sus dedos; otro desafortunado, para evitar las molestias del ardor en el cuero cabelludo, se cortó el cabello muy corto, pudiendo advertir que tenía llagas semejantes a las que aparecieron en el cuello de Yamamoto.

Pudiendo haber recalado en las islas Marcus, aprovecharon el buen tiempo para dirigirse directamente a Yaizu donde podrían llegar en el plazo de una semana, vender la mediocre pesca y dar fin a tan desdichada travesía. Más tarde comentaron a la prensa que, si hubiesen sabido lo que les ocurriría, se habrían detenido.

Arribaron el 14 de marzo. Permanecieron a

bordo, a fin de amantillar y desembarcar la captura; de inmediato Misaky, el jefe de pesca, dio cuenta al propietario de la mala pesca y de los infortunados acontecimientos.

Kuboyama, el radiooperador, insistió en que los hombres fuesen llevados al hospital, donde fueron recibidos por el jefe del servicio Dr. T. Ooi, quien se mostró reacio a atenderles, primeramente debido a que era domingo y, en segundo lugar, acotó porque era cirujano y no tenía conocimientos adecuados en lo relativo a radiaciones.

El Dr. Ooi, en un precipitado informe, declaró que las quemaduras no eran serias, pero de todas formas sugería que los más sintomatizados fuesen a Tokio para un examen más minucioso.

El lunes se descargó el pescado, el que fue enviado al mercado de Osaka. El jueves la prensa mundial informaba;

"Pescadores japoneses se encuentran con una prueba de bomba atómica en Bikini. Veintitrés hombres sufren el mal atómico. Un diagnóstico grave en el Hospital de la Universidad de Tokio".

Cundió la histeria en todas direcciones, los pescados fueron pesquisados en el mercado con la ayuda de un contador geiger, que al acercarse al atún contaminado, emitía un murmullo, por lo que se le llamó "pescado que llora". Las nueve toneladas entregadas por el *Fukuryu Maru*, estaban peligrosamente contaminadas; otras treinta y una toneladas llegaron a los mercados japoneses en peligrosas condiciones.

Nadie quería adquirir pescado, el consumo disminuyó en 50% la industria pesquera japonesa estuvo al borde de la quiebra. Las autoridades instalaron un contador geiger para el servicio de los consumidores, a fin de que volviesen a adquirir pescado.

Con desesperación los médicos japoneses lucharon por sus atribulados pacientes; se les practicó transfusión de sangre para controlar la anemia, sus sensitivas células sexuales habían sido atacadas y todos quedaron estériles por lo menos durante dos meses.

A los tres meses lograron ir mejorando, salvo Kuboyama, el radiooperador, que perdió la vida después de luchar infructuosamente contra el cruel mal.

Sus cenizas fueron llevadas a Yaizu, donde tres mil personas asistieron a una sencilla ceremonia, mientras todos los barcos pesqueros enarbaban negros crespones en señal de duelo.

\* \* \*